Año IX — Barcelona 13 de Noviembre de 1912 — Epoca 4.ª—Número 135

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . » 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

¡11 de noviembre!

Anteayer se cumplieron veinticinco años en que la burguesía de Chicago, por mediación de su fiel representante, la autoridad, cometió el crimen que por las especiales circunstancias en que se llevó a cabo, conmovió al proletariado mundial.

La burguesía norteamericana entonces, como la burguesía española, más tarde, y como el jesuitismo en octubre de 1909, creyendo cosa fácil aniquilar las ideas anarquistas eliminando a sus mas activos propagandistas, empleó su oro sobornando a un jurado que condenó a muerte a los compañeros Lingg, Spies, Fischer, Engel, y Parsons, y a presidio Schwab, Fielden y Neebe.

Al recordar hoy a las víctimas del odio burgués, no pretendemos historiar aquellos hechos ni la entereza con que nuestros compañeros murieron dedicando sus últimas palabras a la Anarquía y a la revolución social. Millones de libros y folletos han circulado y los obreros militantes han recogido las enseñanzas de aquellos compañeros.

Pero sí hemos de hacer constar que la sangre derramada el 11 de noviembre, como la derramada en Montjuich, en Jerez de la Frontera y otras partes, no sólo no ha impedido la propaganda del sublime ideal porque con tanto amor luchamos, sino que ha servido de poderoso estímulo para que los sucesores de los que murieron continuaran su obra con la convicción y entusiasmo de que dieron tan alto ejemplo los sacrificados.

¡Chicago y Montjuich! No pudo siquiera sospechar la burguesía que los dramas ejecutados en estos dos lugares habían de servir durante muchos años de faro luminoso con cuyos destellos, cual si la sangre derramada iluminara a la humanidad, había de difundirse el ideal anarquista por todo el mundo.

Fueron los supervivientes de Montjuich los que en la América latina extendieron la buena semilla, como fueron los supervivientes de Chicago los que en la república asesina han continuado sin desmayos la obra emancipadora.

La burguesía americana, después de transcurrir 25 años pretende repetir aquellos hechos y en la actualidad tiene predestinados como víctimas a los compañeros Ettor y Giovannitti en Lourence y a Alejandro Aldamas en Nueva York.

Y la llamada república modelo seguirá emporcándose de sangre obrera hasta que el proletariado haga desaparecer las estrellas de su bandera, lo mismo que el jesuítico partido conservador español desapareció del Poder borrado por la sangre de Baró, Malet, Hoyos, Clemente García y Ferrer.

Es inútil que a la burguesía la digamos que para ella es contraproducente encarcelar y matar a los hombres que profesan ideas emancipadoras. Incapacitada para el estudio, no ve más libros que los de Caja, y no se ha dado cuenta de que el crimen de Chicago ha sido el mejor vehículo para la propaganda anarquista, de la misma manera que el fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna ha sido la causa de que todo el mundo se preocupe por la enseñanza racionalista.

***

Al recordar la fecha del 11 de noviembre citaremos algunos párrafos de los discursos pronunciados por los compañeros de Chicago ante el tribunal que les condenó:

Parsons.—Los trabajadores no tienen patria; en todas partes se ven desheredados; América no es una excepción de la regla.

Los esclavos del salario son instrumentos que alquilan los ricos en todos los países; en todas partes son parias sociales sin patria ni hogar. Así como crean toda la riqueza, así también riñen todas las batallas, no en provecho propio, sino de sus amos.

Esta degradación tendrá un término: en el porvenir, los trabajadores sólo pelearán en defensa propia, trabajando sólo para sí y no para otros.

Engel.—Aquí también, en esta *libre república*, en el país más rico del mundo, hay muchos obreros que no tienen lugar en el banquete de la vida y que como parias sociales arrastran una vida miserable. Aquí he visto a seres humanos buscando algo con que alimentarse en los montones de basura de las calles.

. . . . . .

¿En qué consiste mi crimen?

En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social en que sea imposible el hecho de que mientras unos amontonan millones beneficiando las máquinas, otros caen en la degradación y la miseria. Así como el agua y el aire son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres científicos deben ser utilizados en beneficio de todos. Vuestras leyes están en oposición con las de la Naturaleza, y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida, a la libertad, y al bienestar.

Lingg.—No; no es por un crimen por lo que se nos condena a muerte; es por lo que aquí se ha dicho en todos los tonos, es por la Anarquía; y puesto que es por nuestros principios por lo que nos condenáis, yo grito sin temor: *¡Soy anarquista!*

Me acusáis de despreciar la ley y el orden. ¿Y qué significan la ley y el orden? Sus representantes son los policías y entre estos hay muchos ladrones. Aquí se sienta el capitán Schaack. El me ha confesado que mi sombrero y mis libros habían desaparecido de su oficina, substraídos por los policías. ¡He ahí vuestros defensores del derecho de propiedad!

Fischer.—Yo no he cometido en mi vida ningún crimen. Pero aquí hay un individuo que está en camino de llegar a ser un criminal y un asesino, y ese individuo es Mr. Grinnell, que ha comprado testigos falsos a fin de poder sentenciarnos a muerte. Yo lo denuncio aquí públicamente. Si creéis que con ese bárbaro veredicto aniquiláis a los anarquistas y a la anarquía, estáis en un error, porque los anarquistas están dispuestos siempre a morir por sus principios, y éstos son inmortales. Este veredicto es un golpe de muerte dado a la libertad de imprenta, a la libertad de pensamiento, a la libertad de la palabra, en este país. El pueblo tomará nota de ello.

Es cuanto tengo que decir.

Spies.—Os asemejáis al niño que busca su imagen detrás del espejo. Lo que véis en nuestro movimiento, lo que os asusta, es el reflejo de vuestra maligna conciencia. ¿Queréis destruír a los agitadores? Pues aniquilad a los patronos que amasan sus fortunas con el trabajo de los obreros; acabad con los terratenientes que amontonan sus tesoros con las rentas que arrancan a los miserables y escuálidos labradores; suprimid las máquinas que revolucionan la industria y la agricultura, que multiplican la producción, arruinan al productor y enriquecen a las naciones; mientras el creador de todas esas cosas ande en medio, mientras el Estado prevalezca, el hambre será el suplicio social. Suprimid el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la navegación y el vapor; suprimíos vosotros mismos, porque excitáis el espíritu revolucionario.

¡Vosotros y sólo vosotros sois los conspiradores y los agitadores!

Yo os digo, si la muerte es la pena que imponéis por proclamar la verdad, entonces estoy dispuesto a pagar tan costoso precio. ¡Ahorcadnos! *La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Juan de Huss, en Galileo, vive todavía; éstos y otros muchos nos han precedido en el pasado. ¡Nosotros estamos prestos a seguirles!*

***

A este temple pertenecían los que la historia del proletariado conoce con el nombre de los mártires de Chicago.

Al anunciar que a pesar de su muerte la Anarquía llegará a tener forma real y unirá a los hombres en círculos de amor y felicidad, fueran profetas.

Por los presos

En el número 133 de este periódico, el Ateneo Sindicalista de Madrid hace un llamamiento a todos los anarquistas y sindicalistas de España, comisiones pro-presos y organizaciones, para que presten su cooperación al proyecto de celebrar en la Corte un mitin monstruo, al objeto de conseguir la libertad de los presos por cuestiones políticas y sociales, en cuyo acto tomarán parte delegados de otras provincias.

La idea nos pareció necesaria, oportuna, y una merecida lección a las sociedades obreras que ni siquiera se acuerdan de sus presos.

Con la sola iniciativa del Ateneo se abrió nuestro pecho a la esperanza, pues creemos que a la comisión de periodistas que actúa en Madrid con objeto de alcanzar estas libertades le importamos poco los obreros, pues sólo demuestra actividad cuando *por casualidad* cae algún periodista de primera categoría. Así ocurrió cuando consiguieron la libertad de algunos compañeros *suyos*, y ahora con motivo del encarcelamiento del periodista de Pamplona.

La semana anterior publicó TIERRA Y LIBERTAD un suelto firmado por Antonio Hércules, en el que expone su criterio de que esto originaría muchos gastos con los cuales podrían organizarse mitins en toda España y en un día determinado, con tal objeto.

Reconocien lo la buena intención del citado compañero, nosotros creemos de imprescindible necesidad la celebración del mitin monstruo en Madrid, con representación personal de las sociedades que puedan enviarla y la adhesión de las demás.

Si se abandona la primera iniciativa estamos expuestos a que nada se haga, pues no podemos confiar ni aun en las entidades a que pertenecemos, porque nada han hecho por nuestra libertad a pesar de haber sido directamente aludidas en este periódico para que celebraran actos en pro de la amnistía.

Así, pues, cuando hay una entidad que, como el Ateneo Sindicalista de Madrid, tiene tan hermosa iniciativa, lo menos que puede hacerse es alentarla para que la prosiga.

Todos sabemos que tanto a los artículos de los periódicos de provincias, como a los mitins, les conceden poca importancia los gobernantes; por eso creemos que ha de haber interés en que el mitin de Madrid resulte de excepcional importancia.

Entendemos que este es el camino a seguir, y si además del mitin de Madrid pueden celebrarse otros en provincias, miel sobre hojuelas; pero que no abandone su proyecto el Ateneo Sindicalista de Madrid, y si las sociedades obreras continúan con su indiferencia, sea la prensa anarquista y sindicalista la que secunde al Ateneo, al objeto de que el acto se realice a la mayor brevedad.

Juan Gracia, Augusto Martínez, Jaime Borrell y José López, de la Sociedad de Metalúrgicos; Pedro Bonet, Jaime Samsó y Antonio Salud, de la de Tintoreros; Pascual Roca y Juan Alted, de la de Fundidores, y Tomás Herreros, de la del Arte de Imprimir.

El derecho a la huelga

El Intransigente me pide hoy un escrito sobre el tema indicado, y me complazco en dárselo, por dos razones: 1.ª por si pudiera ser de alguna utilidad a los obreros políticos, y entre ellos a los ferroviarios, promovedores de la discusión actual; 2.ª para aprovechar la ocasión de desvanecer ante sus lectores una equivocación en que incurrió no hace mucho uno de sus redactores contándome entre los viejos republicanos; porque la verdad es que soy viejo, pero dejé de ser republicano en 1868, cuando ingresé en La Internacional, como lo declaré públicamente en el Club de Antón Martín y lo he sostenido después toda mi vida.

Y no soy republicano, porque todo político, desde el absolutista más furibundo hasta el radical más intransigente, quieren el Estado, y yo le detesto, y trabajo y lucho por su disolución; es decir, para que no haya monarquía ni república, sino Sociedad libre.

Pese al error secular y tradicional, lo esencialmente necesario para la vida de la gran colectividad humana es la Sociedad, pero el Estado, con que generalmente la confunden los políticos, es su rémora; peor aun, el Estado, con su rigidez legal y su arbitrariedad autoritaria, impide el libre desarrollo de las facultades y de las aptitudes individuales, y con los privilegios que otorga y conserva obstruye o destruye la gran solidaridad humana.

Y sirva lo expuesto como preámbulo necesario.

Pues el derecho a la huelga es indiscutible: es una de tantas manifestaciones de aquel derecho inmanente contenido en nuestra personalidad desde el primer momento de nuestra existencia y que ni con la muerte se desvanece, ya que va ligado a la memoria que nos sobrevive.

Discútenle, nunca para afirmarle en absoluto, siempre para limitarle o negarle, los políticos, los que parten del falso principio de que el Hombre ha sido hecho para la Sociedad supeditada al Estado, no la Sociedad racionalmente equitativa para el Hombre.

Los políticos, hablo de los que se llaman demócratas, porque los realistas quedan descontados en este caso, ni aun la Gran Revolución acatan, porque, empantanados en sus mezquindades partidistas, olvidan que lo substancial de aquel grandioso movimiento consiste en la declaración de que todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, y que el objeto de toda sociedad política es la garantía de los derechos individuales, que constituye la negación de pasados desaciertos y sirve de orientación salvadora para la vida social futura.

A esa declaración nos atenemos los anarquistas, en ella está nuestra razón de ser y aun nuestro abolengo histórico y podría decirse hasta evolucionista.

Por ella nos separa de los republicanos un abismo y no un puente, toda vez que los republicanos más se han dedicado a la conservación de los antiguos privilegios de que la burguesía se ha hecho usufructuaria que a la regeneración de la Sociedad garantizadora del derecho de todos.

No hay soberano de derecho divino, ni poder fundado sobre la soberanía nacional, ficciones sin realidad positiva. La verdadera soberanía reside en el individuo, regida por la determinación racional de su voluntad y por los pactos que admita con todos sus iguales.

No basta conservar las desigualdades sociales, conservando la usurpación propietaria y el monopolio capitalista bajo la falsa marca de igualdad del título de «ciudadano» para todo el mundo, lo mismo para el que atesora millones y se embriaga de placeres, que para el que se esquilma en el trabajo y perece en la miseria.

Y no bastando la igualdad política, como no bastó la igualdad mística que imponía el amor mutuo y prometía la gloria eterna, ante el fracaso de esas desigualdades ficticias, ha surgido naturalmente la aspiración a la igualdad positiva, y con ella la lucha de clases, con sus reivindicaciones proletarias y consiguiente resistencia a la explotación capitalista, y ahí está la huelga con toda su fuerza de ley natural, que si por un momento y con infelices recursos autoritarios se atenúa, tiene en sí poder irresistible y avasallador, tanto más vigoroso cuanto mayores y más impertinentes sean los obstáculos que se le opongan.

Eso es cuanto por este momento y con el indicado motivo puedo decir acerca del derecho a la huelga, que hoy se desarrolla majestuosamente en todo el mundo, entre la crueldad del autócrata ruso que condena dignos trabajadores huelguistas al infierno de Siberia, y la de la democracia argentina que los mata en la Tierra del Fuego.

ANSELMO LORENZO

(De *El Intransigente.*)

En la Justicia Social *de Reus, hemos leído un gracioso artículo juzgando el de Lorenzo, que publicamos días pasados, sobre el Congreso socialista de Madrid.*

Nada diríamos de aquel escrito si no nos hubiera chocado especialmente la idea, en él expuesta, de que Lorenzo es como un elegante que hace cincuenta años adquirió un traje de última moda para los días festivos y, sin tener en cuenta las variaciones indumentarias, lo luce los días que repican fuerte.

Por lo visto, la verdad y la justicia, invariables para todo el mundo conforme se van descubriendo, están sujetas al último figurín socialero.

¡Nos parece bien!... Nuestro viejo compañero no va a la moda ni irá nunca. Como que todavía, a sus setenta años, no ha aprendido a cambiar la casaca.

LA BARBARIE

Tenemos a Turquía y a los Estados balcánicos en plena actividad guerrera. Se dice que los motivos ideales de esta guerra son emancipar del yugo turco a ciertas provincias cristianas que hoy padecen bajo la dominación musulmana. Se pretende hacer creer que la actual guerra es religiosa, política y social. Pero tales causas ideales, con las que se quiere justificar y ennoblecer la guerra, son falsas. Lo cierto es que la presente guerra, como todas las guerras, tienen su origen en los intereses económicos y utilitarios de los países beligerantes. Es, como todas, una guerra de conquista. Servia, Grecia, Bulgaria y Montenegro se han unido y han declarado la guerra a Turquía, porque viendo a ésta debilitada por su lucha con los italianos, han creído fácil vencerla y extender sus territorios a expensas del suelo turco.

Estamos, pues, otra vez en completa manifestación de barbarie. Centenares de miles de hombres se acometen como fieras, mueren a millares, incendian, destruyen, realizan actos de salvajismo que nos sublevan e impelen a desear el exterminio de sus autores. Son los bárbaros, que han dado suelta a sus feroces instintos. Es la bestia humana, que cuando no está sujeta por la cultura, cuando no ha sido domada por la educación, goza ensangrentando la tierra, se divierte sembrando a su paso el terror, la desesperación, la miseria y la muerte.

Y menos mal sería si bárbaros con bárbaros unos a otros se exterminaran. No habíamos de lamentarlo. Pero lo malo es que las víctimas de las guerras no se cuentan sólo entre los que más o menos por su gusto a la pelea acuden. Lo sensible es que el mayor número de las víctimas causadas por tales conflagraciones son infelices mujeres, niños, ancianos y gentes pacíficas que, por desgracia, es inevitable que paguen las consecuencias de los ardores bélicos de los unos y de las ambiciones abominables de los otros. Y más de sentir es todavía que entre las víctimas de las guerras no se hallen nunca los verdaderos causantes de ellas.

***

La paz universal, mientras las naciones no se desarmen, será siempre cosa insegura. El temor de una guerra en que actúen muchas potencias a la vez, perturba perennemente a todos los países. De los peligros de la guerra no están libres ni los más poderosos ni más débiles Estados. Ahora, con motivo de la lucha turco-balcánica, ha vuelto a acentuarse la posibilidad de una conflagración europea. Verosímil es que estalle el pavoroso conflicto, probable es la intervención armada de las grandes potencias; pero bien pudiera suceder, como ocurrió otras veces que inminente se creyó, que la amenaza de la guerra se desvaneciera, que la catástrofe mundial se aplazara por tiempo indefinido. Hasta posible es que las amenazas no pasen de ahí, que nunca en realidades se conviertan.

Esto, evitar que la amenaza de una guerra universal se convierta en realidad, es lo que ha de hacer el proletariado mundial. A la amenaza de la guerra se debe contestar con la amenaza de la revolución social. Si llegara el caso de que la guerra sólo por la fuerza se pudiera impedir, el proletariado organizado no debiera vacilar en apelar a la huelga general para imponer la paz a los gobiernos que pretendieran tomar parte en la lucha. ¿No sería lógico y justo que los obreros en vez de ir a destrozarse mutuamente emplearan sus energías en combatir a sus opresores? Porque si la guerra europea se llevase a cabo, los proletarios serían los que primero y más duramente sufrirían las consecuencias; ellos irían en rebaños a morir al campo de batalla; abandonadas quedarían centenares y miles de familias; la miseria del pueblo aumentaría enormemente, y la emancipación del proletariado se retardaría muchos años. La guerra europea sería retrotraernos a edades pretéritas, sería volver a la barbarie ancestral.

Pero ya hemos dicho, y no nos duele repetirlo, que la guerra europea, cuyo fantasma ha mucho años atemoriza al mundo, es muy problemática y que tal vez jamás suceda semejante desastre, pues si es verdad que las grandes potencias desean la guerra, también es cierto que ninguna se atreve a declararla, porque temen la derrota y, más aún que la derrota, temen la revolución.

Mas, por si acaso, bueno será que los trabajadores de todos los países demuestren a la burguesía, que no se hallan dispuestos a consentir que los conduzcan al matadero.

¿No es hora ya de probar que se es hombre y no carnero?

***

La barbarie de la guerra tiene que desaparecer. El proletariado consciente debe hacer una campaña continua y enérgica contra toda acción guerrera. Hay que exigir a todos los gobiernos que se pongan de acuerdo para efectuar el desarme. Los gastos del ejército y la marina son excesivamente pesados para los pueblos. La paz armada cuesta demasiado cara al proletariado. Unicamente los trabajadores pagan la contribución de sangre. La de dinero, también sobre ellos gravita casi por entero. ¿Qué menos, pues, han de pretender que el desarme, único medio eficiente de asegurar la paz entre las naciones?

Pero al desarme no se prestarán fácilmente los gobiernos. Por lo menos es dudable que se logre arrancarles tal concesión por medios legales. No se han organizado los ejércitos sólo para la defensa de la patria; son, antes que nada, la salvaguardia de los intereses de los capitalistas. Y así, para conseguir el desarme, habrá que conquistar al mismo tiempo otras muchas e importantes cosas.

Mas, cueste lo que cueste, hay que procurar imposibilitar toda ulterior aventura belicosa. Hay que realizar una incesante y eficaz campaña pacifista. El ambiente es propicio para ello. Las corrientes pacifistas son actualmente poderosas entre el pueblo. En una buena labor de propaganda antiguerrera cosecharían excelentes frutos. A las muchedumbres, que son refractarias a otros problemas capitales, me parece que sería fácil interesarlas en este de la guerra.

Y, sobre todo, ¿qué menos puede hacer toda persona que por civilizada se tenga que procurar la paz, protestar contra la guerra, desear que acabe el presente estado de barbarie?

JOSÉ CHUECA

Zaragoza